

**Antes de fin de mes se  
habrá puesto á la  
venta el lujosísimo  
número-almanaque  
de La Novela Semanal  
Cinematográfica, con  
el que se REGALARÁ  
un artístico álbum.**

**No dudamos que esta  
anunciada sorpresa  
merecerá unánimes  
elogios tanto por el  
buen gusto derrocha-  
do como por el limita-  
dísimo precio del nú-  
mero-almanaque, DOS  
pesetas nada más (con  
el álbum para las pos-  
tales de nuestras no-  
velas hasta fin de año)**

# La Novela Semanal Cinematográfica

**N.º 56**

**25 cts.**



**SACRIFICIO  
DE AMOR**

por  
**Lucy Doraine**

**FilmoTeca**  
de Catalunya



**LA NOVELA SEMANAL  
CINEMATOGRAFICA**

Redacción } Gran Vía Layetana, 17  
Administración } Teléfono 4423-A  
BARCELONA

AÑO II

N.º 56

---

---

**SACRIFICIO DE AMOR**  
por **LUCY DORAINE**

Concesionarios:  **Julio César S. A.**  
Paseo de Gracia, 32.-- Barcelona

Argumento de la película de dicho título

\*\*\*\*\*

Está escrito que una madre ha de ser la víctima de sus hijos y una dolorosa prueba de tan irrefutable aseveración se reflejaba en una infortunada anciana, viuda, con una hija, y un hijo, aventurero sin escrúpulos, cuyo comportamiento, atormentándola continuamente con malas hazañas, y privaciones, dió por resultado en ella, la muerte de sus ojos, quemados por el llanto.

El «desgraciado» hijo—nunca una mujer llamó, con el corazón, malo á un ser salido de sus entrañas—, se llamaba Pedro, y la hermana de éste, único consuelo de la anciana, respondía por el nombre de Ninón. Gracias á la



bondad de la 'compasiva hija, que sacrificaba su juventud en aras del bienestar de su madre, ésta no había tenido conocimiento de la última fechoría de Pedro, quien, encarcelado desde algunos meses á aquella parte, por sus mal disimuladas «habilidades», debía regresar aquel día, según le había dicho Ninón á su madre, de su «viaje».

En efecto, Pedro volvía á gozar de la libertad y ya debía estar pensando en cómo la perdería de nuevo. De todos modos, gozoso al verse libre después de su largo encierro, se determinó á ir á ver á su madre, á su patria chica, y como no sabía que estuviera ciega, recibió una fuerte emoción, despertándose los nobles sentimientos que todos los mortales llevamos dentro de nosotros por imperfectos que seamos.

Como, afortunadamente, tienen corrección los errores, si uno quiere imponerse la fuerza de voluntad de enderezarlos, Pedro quiso enmendarse, y comunicó á Ninón el proyecto cuya realización iba á intentar.

—Me marchó á la ciudad para ponerme á trabajar y mandaré algún dinero para que nuestra madre pueda ser operada lo más pronto posible. Yo creo que aún es tiempo de curarla... pero esperar mucho tiempo más, sería fatal para ella.

La loable idea de Pedro hizo verter lágrimas de agradecimiento materno y fraternal á la anciana y Ninón respectivamente.

Al despedirse de ellas, una vez más, pero ésta, según él prometía, para portarse bien con todos, su madre, abrazándolo, sin poderlo contemplar, le dijo:

—Espero que ahora no estarás tanto tiempo fuera.

Lo mismo deseaba Ninón—para convencerse del cambio, en sentido favorable, de Pedro—.

En la ciudad.

Entre todos los maniqués vivientes de la casa de modas SALVAT, el predilecto por su belleza y distinción, era Norina Balbot.

Salvat, propietario y director de la Casa de Modas que llevaba su nombre, tenía una hija, Elodia,—joven enfermiza, quien para reponerse, había ido á buscar en un Sanatorio la salud de que tan necesitada estaba su frágil constitución—, por cuya dicha todo lo sacrificaría y por cuyo restablecimiento, de consiguiente, no reparaba en gastos por fabulosos que éstos fueran.

Elodia, ansiosa por reunirse con sus amigas de salón y por distraerse con sus juegos favoritos en la buena sociedad, pedía a su padre, que, como todos los días, había ido á verla, que se la llevara consigo. El Doctor, consultado por el señor Salvat, le objetó á Elodia:

—Su estado requiere que permanezca usted todavía unas semanas más en el Sanatorio.

Sin fuerzas ni derecho para contradecir al doctor, Elodia se limitó á expresar su aburrimiento con un ligero mohín de niña mimada.

Pedro seguía buscando colocación, y decimos seguía, porque cuantas tentativas llevaba realizadas, desde su llegada á la ciudad, no le dieron ningún resultado.

Por la tarde del quinto día de infructuosas pesquisas, Pedro, falto ya casi totalmente de recursos, y sintiendo la imperiosa necesidad



de llevarse algo á la boca, entró en una tienda de fiambres, en la que estaba Norina, la modelo á que nos hemos referido un poco antes, comprando algunos bocados, y preguntó á una dependienta el precio de una rodaja de un embutido que le fué á simple vista agradable. No alcanzándole las monedas que aun quedaban en el fondo de su bolsillo, para adquirir el



*...Elodia se limitó á expresar su aburrimiento...*

fiambre apetecido, Pedro salió, humillado, del establecimiento.

Norina, y asimismo las dependientas de la tienda, se miraron alternativamente para compadecer al miserable joven... muy simpático por cierto en opinión de todas; y sin reparar en lo que iban á pensar de ella las citadas empleadas, Norina compró un buen número de

rodajas del manjar que con los ojos había devorado Pedro, saliendo luego, precipitadamente, á la calle, en su busca, llamándolo, al hallarse á pocos pasos suyos.

—Ha olvidado usted este paquete en la tienda, joven.

—Yo, no, señorita...

—Las dependientas me lo dijeron y yo no tuve inconveniente, puesto que salía detrás de usted, en traérselo... ¿Va usted á obligarme á volver á la tienda, negándose á mí como propietario de este paquete?

—Comprendo su buena acción, señorita. Gracias. Yo no sabía que todavía hay almas piadosas. Sin embargo, permítame que no le acepte su donativo... Yo soy un hombre, señorita...

—Sea usted lo que sea, amigo mío, la adversidad lo tiene á usted en sus garras y yo misma he sabido los peligros á que ella me expuso cuando vine, en busca de albedrío, á esta ciudad donde no conocía á nadie. ¡Qué bueno es encontrar una ayuda! ¿Por qué no quiere usted que yo, en lo que pueda, le sea útil? Si tiene necesidad de comer, más claro, si tiene hambre, ¿por qué por el sólo hecho de que soy una mujer, me rehusa usted mi apoyo? Acaño, si así he de hablarle, ¿no podrá corresponder más adelante á mi favor?

—Sí, señorita, sí, ¡tengo hambre, acepto!

—Así me gusta. Tome y no olvide que la necesidad no debe avergonzar á nadie. Pero, dígame, ¿no trabaja usted?

—Lo deseo vivamente... sin que haya encontrado el más insignificante empleo.

Platicando juntos sobre este tema, llegaron



frente á la pensión de Norina. Pedro masticaba en este momento la última rodaja del embutido y estrujaba el papel-envoltorio, con nerviosismo. Norina, á quien, sépase, Pedro le era muy agradable, le preguntó:

—Seguramente tiene usted hambre todavía, ¿no?

El, que adivinó desde el primer momento el especial interés hacia su persona de Norina, prefirió mostrarse á ella con franqueza, y sin temor á escandalizar su amor propio, la contestó:

—¡Ya lo creo!... Y ¡mucho!

Tal y como lo había previsto Pedro, Norina le «obligó» á repartirse con ella la cena en su cuarto de la pensión.

Acostumbrándose rápidamente al trato familiar de Norina, Pedro comió á sus anchas, estimulado por ella con sorprendente simpatía. Indudablemente Norina estaba enamorada de Pedro y constituía un ejemplo de que en la vida se producen muchos casos casi inverosímiles en materia de amor. Una mirada oportuna, un suspiro á tiempo, un leve movimiento de labios, dicen á veces más que una carta de declaración.

Después de la bien servida cena, Norina, dispuesta á «protejer» á Pedro, y á no perderlo también, le notificó que en la casa donde ella trabajaba estaba vacante una plaza de vendedor. El empleo podría convenirle á Pedro, pero mirándose él mismo, repuso:

—¿Dónde me presento yo con este traje?

—No se apure usted por tan poca cosa. ¿No le dije que yo quería sacarle de la situación en

que se encuentra? Aguárdese usted aquí un momento... Estoy con usted en seguida...

Norina, para ayudar á Pedro, se fué al encuentro de su incondicional amigo Tilback, famoso dibujante á cuyo lápiz se debían los mejores modelos de la casa de modas Salvat, gracias al cual la casa era conocida en todo el orbe—según las propias manifestaciones del director de la misma—, que se hospedaba en la misma pensión que Norina, en el cuarto enfrente al suyo, y como había mucha amistad entre ambos, ella le pidió en préstamo cierta cantidad, á devolverle á fin de mes, sin indicarle el empleo que iba á hacer de ella. Tilback, ¡cómo no!, complació á Norina, con mil amores, y ésta, muy contenta, reuniéndose con Pedro, le entregó dicha suma.

Pedro, en un leve arrebató de fiereza, dijo á Norina:

—Si puede proporcionarme la colocación, démela; pero no dinero...

Leve había de ser la protesta de Pedro, pues poco trabajo le costó á Norina vencerle su resistencia y hacerle tomar los billetes... La excusa de que «más adelante se lo devolvería todo», era un buen pretexto que disimulaba la indelicadeza de Pedro, no oponiéndose á ciertas concesiones por parte de una mujer, en este caso, Norina.

Y mientras Pedro, el joven aventurero sin escrúpulos, se llevaba, al final de la primera entrevista, el corazón entero de Norina, Tilback, físicamente imperfecto, pues tenía un brazo insensible, y, además, de edad frizando en los cuarenta años, se miraba al espejo y,



convencido de que era por demás forjarse ilusiones, exclamaba:

—¡Lástima! ¡Soy demasiado viejo y feo para ella!

A la mañana siguiente, Pedro salió de la sastrería de su elección transformado en un elegante caballero, en estado de presentarse en cualquier parte.

Apenas habló con él breves instantes, como Director de la casa de Modas donde trabajaba Norina, el señor Salvat sacó una excelente impresión respecto á Pedro.

—No hablemos más... La colocación es para usted.—le informó.

Desde este momento, ó sea, desde que su vanidad era halagada por todos lados, Pedro empezó una nueva vida, con más orden que la anterior pero con menos cantidad de sentido común todavía.

Pasaron algunas semanas, durante cuyo transcurso se había adiestrado Pedro en su grato empleo (y en conquistar en absoluto á Norina, á quien ya tuteaba), y su conducta era muy elogiada por su principal. Hubiese sido injusto negar á Pedro una rara habilidad en saber componer amables frases según el carácter de cada cliente, con la adopción de cuyo sistema salía ganando no poco la casa y él mismo... en simpatía á granel por parte de las damas.

Ninón, hermana de Pedro, en la patria chica, donde vivía con su madre, esperaba cada día el paso del cartero para saber si aquél había escrito. Los días iban pasando... sin recibirse noticias del ingrato y repitiendo cada

tarde Ninón, á su madre. ¡Hoy no hay carta, seguramente mañana!

Simultáneamente, demostrando con ello sus buenos sentimientos, Norina decía á Pedro, en la pensión, á donde él había ido á verla:

—¿Has enviado el dinero á tu madre? ¿No? Esto no está bien, Pedro. ¡Qué pensará de tí la pobre!

—Te sobra la razón... pero la vida obliga á uno á tantas cosas...

—Las primeras, indiscutiblemente, han de ser tu madre y tu hermana... Prométeme que hoy mismo les girarás una cantidad...

—Está bien, mujer...

Pedro se entretenía deshojando una flor.

—Me quiere... no me quiere... me quiere...

—¡Te quiere, te adora, sí, bien lo sabes, pero bueno, fiel, digno, Pedro mío! ¿Deseas más pruebas de mi cariño por tí?

—No hace falta, Norina... Estoy convencido de ello.

—¿Te gustaría ver algo muy bonito? Sígame... Tilback no está en su habitación. Vamos á dar un vistazo á sus nuevos modelos.

Subrepticamente entraron Norina y Pedro en el estudio del dibujante sobre cuya mesa vieron un maniquí diminuto vestido con un modelo imaginado por Tilback para lanzarlo en la próxima venidera temporada.

—Esto es magnífico—exclamó Pedro, admirado de verdad.

—Primero dibuja la idea y luego hace por sí mismo el modelo. Es un gran artista.—añadió Norina.

Elodia, la delicada hija del señor Salvat, era



devuelta á su padre, á su vida tranquila y sosegada, por el Director del Sanatorio.

—De ahora en adelante hasta que se reponga del todo —le había aconsejado el doctor—, tiene usted que cuidarse mucho.

\*  
\*\*

La habilidad de Pedro como vendedor se afirmaba más cada día y en varias ocasiones había tenido que recordarle Norina, con mucha discreción á pesar de los celos que la exasperaban, que no se dejara llevar por la sospechosa fantasía de alguna cliente «caprichosa».

Un día de cobro, habiendo casualmente visto Pedro los billetes que la cajera de la casa entregaba á Tilback, al recibir su haber no pudo menos que decirle á aquélla, bromeando, naturalmente:

—Comparado con lo que cobra el afortunado Tilback, esto es bien poca cosa.

—Aprenda usted á hacer buenos modelos y cobrará tanto como él.

¿Hacer buenos modelos? ¡Como si cualquiera fuera apto!...

La casa de modas MORIN, rival de la casa SALVAT, que para contrarrestar el dominio de ésta sobre ella, había vanamente pretendido asegurarse la valiosa colaboración de Tilback, pues no era un misterio que el éxito de la casa competidora se debía á los modelos del eminente dibujante, insertó un anuncio en un periódico para «buscar» entre los «especialistas» un artista capaz de emular á aquél, y dicho anuncio, redactado como sigue:

“URGE

buen dibujante de modelos. Inútil presentarse sin reunir condiciones. Casa de Modas MORIN”

sugirió una idea á Pedro.

Sin haber comunicado á Norina sus propósitos, Pedro tuvo una entrevista con el Director de la casa MORIN.



.. en varias ocasiones había tenido que recordarle Norina...

—¿Qué pagaría usted por un modelo para la temporada que viene?

—Por uno bueno, nada; por uno de primera categoría, todo.

Pedro pensó en Norina y Tilback, de cuya respetuosa pasión de este último por ella estaba al corriente,—pues en la casa de modas donde ambos trabajaban había quien se pasa-



ba la mayor parte del tiempo ocupándose del vecino—, y una esperanza, fácil de convertir en realidad, le hizo sonreír.

—Tendré mucho gusto en volver mañana y creo que mis servicios le interesarán á usted.

Al salir de la casa Morin, Pedro visitó á Norina.

—Podría ganar mucho dinero entregando modelos á Morin...

—¿De dónde sacarías tú los modelos?

—Si me entregaras unos cuantos de Tilback...

—¡Pedrol! ¿Qué es lo que te hace suponer que yo puedo conseguir eso de Tilback?

—Escúchame con calma, mujer... Yo sé la devoción que por tí siente ese excelente dibujante, y si tú quisieras...

—¡Tú no sabes lo que me estás proponiendo, Pedro, y te suplico que te calles! Aunque te ame con toda mi alma, no tienes derecho, no, á pretender de mí cosas imposibles. ¡Poderoso ó siempre humilde como hoy, tuya seré, Pedrol!

—Si, ya lo sé, y te lo agradezco de todo corazón, Norina querida. Sin embargo, lo decía por mi madre... la pobre ciega... Mira, esta es la última carta de mi hermana, recibida hoy, en la que me dice que debido á inesperadas complicaciones, si nuestra madre no es operada inmediatamente, no recuperará jamás la vista y morirá sin remedio.

—Si quieres aceptarlos, Pedro, yo te daré todos mis ahorros para que se los mandes á tu madre.

—No, Norina mía, no; gracias: mi madre, para curar, necesita mucho más dinero del que tú puedas tener, y tampoco te lo tomaría... por-

que Dios sabe cuándo te lo habría devuelto totalmente.

—Entonces lo que quieres es que vea á Tilback y le diga: «Usted me ama, ¿no?... pues si ha de conseguir mi *cariño* ha de ser demostrándome antes que yo soy «todo» para usted... Deme usted unos dibujos suyos,... para... para... ¡No, Pedrol! ¡Estamos locos ó soñamos!

—Mejor sería que dijeras que no puedes engañar a ese hombre... porque tú también le amas...

—Eres hábil, Pedro, y me venciste... Bien sabe Dios que no amo á otro hombre que á tí, y que lo que voy á hacer lo haré por tu madre. ¡Engañaré á Tilback!... Lo invitaré á cenar conmigo en mi habitación... y tú en la suya te encargarás del resto...

—La idea es mucho mejor: ¡Acepto!

El señor Salvat, conversando con Elodia la decía:

—Estoy satisfecho de tener dos personas tan inteligentes como Tilback y Pedro Ossot. Ahora sólo falta, para que mi alegría sea completa, que te pongas buena del todo.

Nadie conocía á Pedro á fondo, ni Norina misma, porque su amor se lo impedía, y por eso todos lo alababan...

\*  
\*\*

Aquella misma noche, Tilback cenaba con Norina, lleno de gozo.

Eutretanto, Pedro robaba, copiándolo, un modelo dibujado por aquél.

Norina estaba inquieta, pendiente del resultado de aquella farsa infame, y luego que



hubieron cenado y el artista enamorado se disponía, para obsequiarla, á trasladarse á su habitación para traerle una botella de vino añejo que le quedaba, ella tuvo que recurrir á interpretar la más dolorosa comedia para una mujer de corazón: fingirle estar fatigada y que nada podría agradaarle más en aquellos momentos de intimidad, que su compañía. Tilback, muy feliz, por cierto, renunció á su primer deseo, prefiriendo el cambio, y Norina, mientras Pedro lograba su propósito, «toleró» que Tilback, con respeto, acariciase, cual un niño un juguete, sus manos que temblaban de angustia como todo su ser...

Con el cuerpo de su delito presentóse Pedro en casa del señor Morin.

—Me he permitido visitarle en su residencia particular, porque le traigo un modelo... Véalo usted.

—¡Ah! ¡Magnífico! Conozco el estilo... ¡Me conviene! Tome usted, y gracias.

—No; es poco dinero... Vale mucho más.

—No exagere usted... y reflexione que desde este momento está en mis manos.

—Es verdad, señor Morín, pero no nos interesa á ninguno de los dos hablar en tono de amenaza cuando apenas nos conocemos.

—Es usted razonable... ¿Le conviene este suplemento?

—Puesto que según parece nos entendemos bien, espero que así será en lo sucesivo.

—Lo mismo creo. Únicamente he de advertirle que esta clase de «negocios» requiere mucho cuidado.

—No hay nada que temer... nunca se sospechará de mí.

Con una buena suma en el bolsillo se reunió Pedro con Norina en la pensión.

—No sabes cuánto he sufrido esperándote—le dijo ella—. Creí que no venías.

—Me entretuve más de lo debido con Morín, pero la conversación merecía la pena... Mira lo que me dió por un dibujo nada más... Te corresponde la mitad y ahí va.



*... y Norina, mientras Pedro lograba su propósito...*

—Este dinero se lo enviaré á tu madre.

—Como quieras... ¡Has visto con qué facilidad «hemos ganado» estos billetes! Tilback no debe haber sospechado la encerrona... y nuestras sucesivas combinaciones son ya pan comido.

Por supuesto, Tilback no tenía la menor sospecha de lo que seguían tramando contra





—¡Amame siempre, Pedrol ¡No me abandones jamás!



él, y únicamente pensaba en Norina, tanto, que para proseguir la grata velada que había pasado con ella hasta pocos minutos antes de llegar Pedro, llamó á su puerta. Norina, sigilosamente, conteniendo su emoción, corrió el pestillo y contestó:

—Dispéñeme, Tilback... pero ahora mismo me voy á acostar.

Si desde el primer día de la farsa, ya el engañado artista iba lejos en sus ilusiones, ¿qué ocurriría más adelante?

Norina, previéndolo, si seguía permitiendo á Tilback que anidase en su pecho esperanzas, se arrojó al cuello de Pedro, estrechándolo contra sí:

—¡Amame siempre, Pedro! ¡No me abandono jamás!

Algunos días después, Morín, ensayaba el modelo sobre maniquí viviente... cuando aún Tilback, artista concienzudo, vestía con él á una de sus muñecas antes de darle á conocer.

Por fin, ¡ah, si hubieran sabido cómo había sido obtenido! la madre y hermana de Pedro recibieron dinero, enviado por Norina, y la primera podría hacerse operar en una clínica. El cartero, sin saber que ello era ironía, las dijo:

—Celebro infinito que Pedro haya sentado la cabeza y pueda ayudarlas.

El día de la exhibición de modelos en casa de Morín, el señor Salvat, que asistía á ella, así como algunos agremiados del ramo, descubrió que uno de los modelos era la copia exacta del que estaba preparando Tilback y, muy excitado, tomando aparte á Morín, le preguntó:

—¿Cómo se ha procurado usted ese modelo? Morín, sin inmutarse, replicó:

—Permitame que me reserve la respuesta... Secreto comercial.

No dando pie con bola desde que viera el modelo usurpado, el señor Salvat, regresando apresuradamente á su establecimiento, llamó á su despacho, en tono seco y enérgico, á su dibujante:

—¡Tilback!

Al tener ante sí á su empleado, que se preguntaba la causa de la llamada tan autoritaria de que había sido objeto por parte de su principal, éste lo puso con precipitación en antecedentes del grave asunto.

—¡Imposible!—exclamó Tilback—. ¡El modelo no ha podido ser robado!

—¡Alguien ha debido apoderarse de él, pues Morín le tiene!

—Insisto en que la idea de un robo hay que descartarla por completo. Los vecinos de mi pensión son todos gente honrada.

—¡Esto es inaudito, incomprensible, gravísimo! Habrá que vigilar... para que tal cosa no vuelva á repetirse...

Pedro, apostado detrás de la puerta del despacho del señor Salvat, había oído la conversación que éste y el dibujante sostuvieron, al cesar la cual fué á decirle á Norina, para tranquilizarla del todo:

—No hay ni la sombra de una sospecha.

La victoria, ganada en la sombra, era rotunda... y un estimulante poderoso á repetir las hazañas.

Desde entonces, Pedro añadió, con rapidez y constancia nuevos eslabones á la cadena de



agradable y provechosa «alianza comercial» con Morín, quien estaba encantado, y cada uno de estos eslabones representaba para Norina, sin que lo pudiera evitar, un paso más en el corazón de Tilback y un nuevo peso en la conciencia de sí misma.

Gracias al socorro recibido de un tiempo á aquella parte por Pedro ó, más bien, por Norina en nombre de Pedro, la madre ciega recuperó la salud y con ella la luz.

—Mi madre ha escrito, Norina... Mira cuantas frases de agradecimiento me dedica. Todo tenemos que agradecerélo á tí.

Una frase amable de su Pedro era la mejor recompensa para Norina...

Algún tiempo después, durante el cual todo había seguido como anteriormente, es decir, empleando Pedro el mismo procedimiento para usurpar algunos modelos á Tilback, el señor Salvat llegó al convencimiento, por boca de una cliente á quien le había hecho enseñar las últimas creaciones y que pretendió haberlas visto ya en casa de Morín, de que él era víctima de la infidelidad de Tilback. Presa de una exaltación propia del formidable disgusto recibido, el señor Salvat, por segunda vez por idéntico motivo, llamó al dibujante á su despacho:

—¡Usted es un traidor! ¡Usted ha vendido á otra casa el duplicado de sus últimos modelos!

—Eso es falso, de toda falsedad.

—Es inútil siquiera disculparse... ¡Queda usted despedido ahora mismo! Nada... no admito más palabras... He pronunciado para usted mis últimas... ¡A la calle!

Pedro y Norina, al corriente de lo que ocurría, esperaban, impacientes, que Tilback saliera del despacho del Director, para leer en sus ojos el resultado de la discusión, y vieron, juntos, —Norina con mucho pesar, acosada por el cual estuvo á punto de comprometerse, evitándolo á tiempo Pedro—, como el inocente artista, muy tristemente, con su sombrero en la mano y el gabán en el brazo, se alejaba del establecimiento, *despedido*...

El señor Salvat, disgustadísimo, se repetía que jamás habría esperado que Tilback lo traicionara.

Pedro, al día siguiente, aprovechando la vacante de dibujante en la casa de modas donde él prestaba sus servicios, y al objeto de «*aproximarse*» más al Director que ya le tenía mucha estima, le fué á enseñar como suyo un modelo copiado de un dibujo de Tilback:

—Vea usted una prueba de lo que yo puedo hacer. Este es un modelo de alta fantasía ideado por mí.

Salvat admitió en seguida el «trabajo» de Pedro haciéndole muchas alabanzas, y éste, hinchado de satisfacción, notificaba, unos momentos después, á Norina, que su principal lo había colocado en el puesto de Tilback con más sueldo aún del que á él le daba, terminando así, con marcada intención:

—Si Tilback te vendiera á tí sus dibujos...

El modelo «de Pedro» fué confeccionado en seguida y Elodia, casualmente, encargó un vestido conforme al mismo; y presentada por su padre al autor, ella le felicitó por su buen gusto que, en verdad, según lo comprobaba,



estaba perfectamente de acuerdo con su persona...

Después de la presentación de Elodia á Pedro, nuevos encuentros permitieron á ambos un cambio de simpatía... y así llegó Pedro á ser el alma de la casa Salvat.

Así las cosas, el día del santo de Norina, ésta le dijo á Pedro:

—Espero que hoy, como día de mi santo, no te marcharás tan pronto como de costumbre.

Y él la repitió su cantinela sospechosa:

—Lo siento, pero no me queda otro remedio... Tengo mucho trabajo.

Decidida á saber si Pedro no la engañaba pretextando, para no permanecer más que muy poco tiempo á su lado, que tenía que hacer, Norina, aquella noche de su santo lo siguió; y sus temores se confirmaron al ver como él entraba en casa de Salvat, cuya hija lo recibía.

Torturada por los celos, Norina aguardó bastante tiempo, en la noche glacial y de lluvia para mayor mortificación aún, la salida de Pedro, á quien exclamó:

—¡Es esto á lo que tú llamas trabajar!

—Cállate, Nora... Ven... volvamos á la pensión... Allí hablaremos con calma.

Al poco rato, Pedro revelaba á Norina su secreto:

—No quiero ocultártelo... Me he prometido con Elodia Salvat.

—¡Oh! Entonces, ¿quieres abandonarme? ¿Pero es posible? ¡Dí que no es cierto... dímelo!...

—Te dije la verdad... Ahora estoy en camino de ser director de la casa Salvat...

—¿Es que no tienes corazón, Pedro?... ¿Có-



... como el inocente artista, muy tristemente...



mo te atreverías, si lo tuvieras, á destrozarme tan impiamente el mío?

—Yo no te olvidaré, Nora... Te recompensaré con largueza tu generosidad para conmigo. Toma... acéptame este dinero... á cuenta...

—¡Aparta, cruell! Fui loca al fijarme en tí, cegada por el falso brillo de tus ojos... No quiero volverte á ver... ¡Déjamel... ¡Qué desengaño, Dios mío!

Enloquecida de pena, Norina salió de la pensión y echó á correr en la calle para desaparecer de la vista de Pedro si éste la persiguiera, y la aparición de un auto que llegaba en sentido opuesto al suyo, la sugirió un plan que ejecutó, arrojándose al suelo para ser atropellada de muerte por el coche, afortunadamente sin consecuencias, pues éste se detuvo antes de consumir la tragedia.

El ocupante del auto, barón de Menghen, recogió á Norina del suelo y se la llevó, para atenderla, á su casa... de la cual ella, habiendo roto con Pedro, ya no debía moverse...

Los amores de Pedro y Elodia estaban próximos á llegar á la meta para convertirse en ideal unión. La novia, rendidamente enamorada, había ya escrito á la madre y hermana de su prometido. Su última carta decía:

*“...muy en breve se celebrará nuestra boda. Estoy muy contenta porque pronto conoceré á ustedes...”*

Una noche, en un club, varios amigos invitaron á Pedro á ir con ellos á casa de Norina, interesándose por la cual el barón de Menghen había protegido, y el deseo de conocer la nueva vida de la que había sido la causa principal de su «brillante situación», hizo que el aventure-

ro, sin escrúpulo ninguno asistiera á la velada que tenía lugar en casa de ella, es decir, en casa del barón.

Norina no parecía la misma.... El nuevo marco ofrecido por el noble era más digno de su belleza de mujer apasionada.

Pedro estaba maravillado del cambio, y para sondear el corazón de ella á fin de saber si aún quedaba para él esa adoración sublime, desinteresada, anduvo á la zaga de un momento propicio para hablarla á solas. Conseguido esto, Norina le contestó:

—Yo he muerto para tí, Pedro.

¿Podía ser eso verdad?

\*\*

Un rayo de luz iluminó por un momento la conciencia de Pedro, despertando sus aletargados sentimientos de honradez y amor propio.

La primera consecuencia de la modificación de su conducta fué el envío á Elodia de la siguiente carta:

*“...y como yo comprendo que no soy digno de tí, por mil razones que serían largas de explicar, te devuelvo tu palabra de casamiento y hoy mismo abandonaré para siempre la ciudad.*

*Pedro.”*

Elodia, altamente sorprendida, y resuelta á no perder al único hombre que le había conquistado por completo su corazón amante, no vaciló ante la idea de ir á pedir una explicación al interesado, en su casa. Así lo hizo.

—¿En qué puede denigrarme á mí tu pasado? ¡Explicatel!



Fueron pronunciadas con tal calor esas palabras de Elodia y había tanto temor en sus ojos, que Pedro, desarmado por la fuerza del gran amor de ella, lo olvidó todo en aquel instante y la atrajo á sí abrazándola con efusión.

Luego, la confesión fué más fácil y con más probabilidades de olvido.... De todos modos, el arrepentimiento de Pedro, gracias al vehe-



*... resuelta á no perder al único hombre que le había conquistado por completo su corazón...*

mente cariño de Elodia, era sincero.

Despejadas las principales nubes que velaban sus esperanzas, Pedro, en su deseo de redimirse de una vez, pensó en las infamias cometidas por él contra Tilback; lo visitó y le dijo:

—He hablado con mi prometida, revelándola

todas mis culpas pasadas, y en descargo total de mi conciencia quiero confesarle á usted que yo soy quien le he robado sus modelos mientras visitaba á Norina...

—¡Qué está usted diciendo! Según eso, Norina ¿jamás me ha amado? ¿Todo su amor no era más que pura comedia para robarme?... ¡Ahora lo comprendo todo! ¡Es usted un miserable! ¡Debía haberlo sospechado antes! Pero aun es tiempo de vengarme. Usted ha sido la causa de mi ruina y por eso y por haber consentido que Norina fuese tan canalla como usted, yo he de matarlo... ahora mismo, ¡por Cristo se lo juro!

—Detenéos... soltad este puñal... soltadle, os he dicho... ¡Qué! ¿Qué es esto?... ¡¡¡Muerto!!!

El mismo se había matado, cayendo encima del arma, después de haberle Pedro doblado el brazo para que la soltara.

Espantado por este suceso, Pedro, como única salvación, acudió á la abnegada Norina, que á pesar del desengaño seguía amándole—, donde hubo amor, amor siempre habrá.

—Ocúltame. Tilback se ha matado y puedo aparecer yo como culpable.

—¡Qué desgracia! Ven, en mi cuarto estarás en seguridad. Tan pronto como despida á mis invitados huiémos juntos.

La policía dió con la pista de Pedro y al poco rato fué descubierto detrás de un mueble de la habitación de Norina, y detenidos los dos.

\* \* \*

Dos años después...

Elodia estaba inconsolable desde la condena



de Pedro, cuando él estaba dispuesto, por ella, á renunciar á sus errores de antaño, pues no había recibido ninguna noticia suya á pesar del tiempo transcurrido.

Sin embargo, Pedro la escribía y se lamentaba en cada escrito, de no recibir contestación. El que interceptaba las cartas de aquél era el señor Salvat, para evitar emociones que no convenían al estado anémico de Elodia... y procuraba que con la ausencia moral y material viniera el olvido y la ruptura de relaciones...

Norina, puesta en libertad mucho antes que Pedro, le iba á visitar, contados minutos, muy separados y bajo la vigilancia de un guardián, á la cárcel.

Una vez le dijo, feliz con la idea de recuperarlo:

—El día que vuelva, podrás acompañarme... Para entonces tendré mucho dinero ahorrado.

Además, antes de alejarse, le hizo remitir el siguiente escrito:

*“El vigilante te entregará este papel. Es la historia de mi vida en estos dos años. Ya no he vuelto á ver á Menghen. Cuando cumplí la corta condena que me impusieron como encubridora, me dediqué al teatro é íntegramente me conservo desde entonces para tí. No dudes de que te sigo queriendo. No es amor que vuelve, sino amor que jamás se fué y que sólo tú y el destino enfriasteis con el cruel desencanto del que hoy ya no queda ni el recuerdo... ¿Estás contento?”*

Norina.“

Unas semanas después, Pedro no parecía muy satisfecho de verse libre... y Norina advivi-

naba, dolorosamente, la causa: seguía amando á Elodia.

Esta última, de recaída en recaída se encontraba grave, tanto, que el doctor había dicho al dolorido padre que valía más que no contrariarse en nada á la enferma, puesto que sus días estaban contados.

Elodia, muy afligida, se lamentaba:

—¡Moriré sin verle de nuevo! ¡Jamás le veré ya!

Las caricias de Norina no le producían el menor efecto á Pedro y la pobre comprendía de más en más, que ella no ocupaba ni el más insignificante lugar en su corazón, lleno de la otra.

Una tarde, Norina llegó al convencimiento de sus dudas, delante de la casa de Elodia, pues habiendo seguido, como dos años atrás, á Pedro, le había visto detenerse junto á la verja, mirar á los balcones y ventanas y alejarse lentamente de allí.

Norina meditaba sobre el caso en que se hallaban ella y Pedro y dedujo que era por demás pretender que éste fuera para ella, para siempre, y que como quiera que él no se atrevería nunca á presentarse de nuevo á Elodia, á pesar de quererla con tanto afán, pues debía temer que el no recibir contestación á las cartas que le había dirigido significaba que todo había terminado entre ellos porque él era un presidiario, determinóse á hacer algo en su favor.

Y á la mañana siguiente, Norina fué á la casa del señor Salvat y solicitó que la dejaran ver á Elodia.

—Tal vez la extrañe á usted el paso que



doy... pero era necesario que alguien lo diera... Sólo deseo que sepa que Pedro la ama.

—¿Y usted viene á decírmelo? ¿Usted?

—¿Por qué no había de ser yo? Pedro debe ser feliz... y él sólo ama á usted... Yo misma la llevaré á su lado...

—¡Oh, gracias!

Eran rivales y sin embargo se abrazaron. Por más enemigas que fueran... no dejaban de ser mujeres.

En su casa, Pedro pensaba más que nunca en Elodia, en sus palabras, las más sublimes que había escuchado en su vida: *¿En qué puede denigrarme á mi tu pasado?, que venian á ser éstas: Si á tí, que eres el presente y el futuro de mi vida, te amo, tal como eres, ¿qué me importa el pasado, que yo no he vivido y que para tí ya no existe?*

El amor dió á Elodia las fuerzas suficientes para ir en busca del amado.

—Reuniré todas mis energías. Quiero resistir y resistiré la emoción de volver á ver á Pedro.

Y sin más tardar, Norina, venciendo sus celos, empujaba á Elodia, hacia la habitación donde se hallaba Pedro, y oculta detrás de un cortinaje asistió á la emotiva escena del triunfo del Amor en ellos.

Así fuerte y resignada, realizó Norina el sacrificio de su amor por la felicidad del hombre á quien amaba con toda el alma.

FIN

(Prohibida la reproducción sin mencionar procedencia)

E. Verdaguer Morera - Topete, 16 - Tarrasa

Próximo número:

La «monumental» reciente superproducción de la «Metro»,

**EUGENIA GRANDET**

la más genial creación de los célebres artistas:

ALICE TERRY y  
RODOLFO VALENTINO

Asunto inmejorable, basado en el de la novela de igual título del MAESTRO francés

Honoré de Balzac

Postal - fotografía: **MAY MAC AVOY**

Precio: 25 céntimos. Sale todos los miércoles.

Le aconsejamos con extraordinaria insistencia la lectura de esta exquisita novelita.

MUY PRONTO

Un acontecimiento:

**LA BOHÈME**

por María Jacobini



## La Novela Semanal Cinematográfica

### Números publicados

1, No hay juegos con el amor (3 ediciones). 2, El Valle Florido. 3, Amor de madre. 4, La Virgen de las Rosas. 5, La culpa ajena. 6, De hombre á hombre. 7, Una mujer. 8, Pesadillas y supersticiones (extraordinario). 9, Desinterés. 10, El Hábito. 11, Jimmy Sansom, El Aventurero. 12, La primera novia. 13, El pequeño Lord Fauntleroy (primera jornada). 14, El pequeño Lord Fauntleroy (segunda jornada). 15, La tormenta. 16, Flor de amor. 17, La Pantera Negra. 18, Bajo dos banderas. 19, Corazón de lobo. 20, Sueños juveniles. 21, El mundo y la mujer. 22, Corazones humanos. 23, El premio gordo. 24, La desconocida. 25, Robín de los bosques (extraordinario). 26, La Verdad Desnuda. 27, El octavo no mentir. 28, Cleo la francesita. 29, La hija del pasado. 30, La chica del taxi. 31, La hija de los traperos. 32, El príncipe escultor. 33, Llovido del cielo. 34, Mujeres frívolas. 35, Al calor del hogar. 36, Sapho. 37, Directo de París. 38, Lo que vale una mujer. 39, El Valle de los Gigantes. 40, La sombra del padre. 41, Madame Morland (extraordinario). 42, Un juego peligroso. 43, De mal agüero. 44, Veintitrés horas y media de permiso. 45, El delincuente. 46, La hija del arrabal. 47, El rancho del oro. 48, El falsario. 49, De los confines del silencioso Norte. 50, Entre hielos. 51, La Rosa de Nueva York (extraordinario). 52, El precio de la belleza. 53, Contra viento y marea. 54, No me olvides. 55, En los jardines de Murcia. 56, Sacrificio de amor.